

# PUEBLOS HARTOS Y PUEBLOS HAMBRIENTOS

SUMARIO: 1) *Las necesidades primarias del hombre.*—2) *La ciencia de la alimentación.*—3) *El régimen alimenticio ideal.*—4) *El hambre en el mundo.*—5) *Conceptos y matices del hambre.*—6) *Contraste internacional en el consumo de alimentos.*—7) *El contraste entre las rentas nacionales.*—8) *Consecuencias materiales, culturales y morales del hambre.*—9) *Los pueblos hambrientos al servicio de los pueblos hartos.*

1. *Las necesidades primarias del hombre.*—La necesidad más vital del hombre es la alimentación. Se impone perentoriamente al organismo humano, que necesita de un combustible que le procure la energía necesaria para su funcionamiento vital. Este combustible es el alimento; gracias a él puede realizar un trabajo en lo más íntimo de su complicado mecanismo, es capaz de amplificar sus órganos y reconstituir sus materiales por medio de su propio trabajo. Es el milagro aparente del crecimiento y del equilibrio vital que el organismo realiza gracias a los alimentos. Estos producen los medios indispensables para la elaboración, la conservación, el trabajo y la reparación del organismo vivo. De aquí la importancia extraordinaria biológica de los alimentos. Por medio de ellos, el hombre obtiene la energía necesaria para sus funciones y la materia indispensable para la formación de sus tejidos y para la recuperación de sus desgastes fisiológicos. La alimentación es lo único que puede procurarle las sustancias múltiples que componen su compleja arquitectura. Como estas sustancias son insustituibles y el organismo humano es incapaz de fabricárselas directamente, han de formar parte de su alimentación; de lo contrario, aparecerán graves deficiencias en este organismo vivo. La alimentación, pues, ha de ser suficiente y completa, es decir, ha de procurar al organismo toda la energía que necesita y todas las sustancias diferentes indispensables para su equilibrio material.

2. *La ciencia de la alimentación.*—La ciencia de la alimentación ha progresado en estos últimos años de una manera extraordinaria. Hoy se sabe lo que es la alimentación. Los males debidos a la falta de alimentos ya no son un misterio. Hoy se sabe lo que es la necesidad de alimentación, gracias a los resultados de ciento cincuenta años de trabajo científico. Los especialistas señalan las etapas de esta conquista.

Las consecuencias de estos descubrimientos son de gran alcance. La palabra "hambre" en su sentido vulgar ya es insuficiente para designar los estados deficientes alimenticios; evoca sólo una insuficiencia en la cantidad de alimentos que conduce a la subalimentación y a la muerte por hambre. Pero hoy se sabe que el organismo humano queda amenazado no sólo cuando el alimento es insuficiente, sino también cuando está mal compuesto. En este caso se produce toda una serie de estados de mala nutrición. Cuando esta mala nutrición es grave, puede ser rápidamente mortal. Se traduce por enfermedades que hace mucho tiempo eran ya conocidas, pero cuya causa se ignoraba. Los efectos de una mala alimentación son mucho más profundos y extensos de lo que se imaginaba. Afectan a la duración y a la calidad de la vida, a la capacidad de trabajo, al estado fisiológico de las poblaciones.

"Tenemos derecho a pensar, dice Grande Covián (Cfr. *La ciencia de la alimentación*, pág. 35) que el interés por el estudio de la nutrición, que tan considerable desarrollo ha alcanzado en otros países y tan útiles servicios está prestando en los momentos actuales, continuará desarrollándose hasta haber conseguido asegurar a la especie humana un estado de salud física no alcanzado hasta ahora. La pobreza y la ignorancia son, en el momento actual, los dos factores que dificultan la difusión de los hábitos dietéticos basados en los nuevos conocimientos de la nutrición. Todos los esfuerzos para aumentar el poder adquisitivo de las clases económicamente débiles y para poner a su alcance los alimentos más valiosos que ahora no pueden adquirir, así como los dirigidos a difundir los nuevos conocimientos de la Ciencia de la Nutrición, se verán compensados por una mejoría evidente del estado de la salud, y por tanto, de la riqueza y prosperidad del país."

3. *El régimen alimenticio ideal.*—Los especialistas en esta ciencia han estudiado el problema de las necesidades óptimas del hombre, en función de la edad y de la actividad. Todos sus trabajos han conducido a establecer normas y niveles por los que se preconiza el consumo de tal o cual cantidad de artículos alimenticios evaluados en peso, calorías y principios nutritivos.

La F. A. O. ha facilitado también, como instrumentos de trabajo de base, tablas de composición de alimentos, que permiten comparar en un plano internacional las necesidades humanas en calorías y ele-

mentos nutritivos, y los métodos de ejecución e interpretación de las encuestas alimenticias. Estos datos resultan indispensables para calcular la situación alimenticia y para disponer de programas de producción y de distribución, teniendo en cuenta estas necesidades.

Atwater da esta definición de la noción fisiológica del régimen alimenticio: "Combinación de alimentos que, imponiendo el menor trabajo al organismo, le procura una cantidad de materiales exactamente suficiente para satisfacer sus necesidades."

Dos elementos sirven para definir el nivel alimenticio de un individuo. Primero, el elemento cuantitativo medido por el número de calorías consumidas diariamente. Segundo, el elemento cualitativo, es decir, la proporción más o menos grande de diferentes productos utilizados en el régimen. No es indiferente que estas calorías que consume el individuo tengan un origen noble, como las que se encuentran en los productos animales, en las materias grasas o en los frutos, o un origen común, como las que se encuentran en las legumbres secas y en los cereales. Por los recientes estudios económicos sobre la alimentación humana se ve que los regímenes débiles en calorías comprenden una gran proporción de artículos pobres: cereales, féculas, legumbres secas; y al revés, las poblaciones con un nivel de vida elevado, sacan proporcionalmente el máximo de calorías de los productos costosos: azúcar, materias grasas, carne, leche, huevos.

Los especialistas calculan que son cerca de cuarenta los principios esenciales indispensables para el perfecto equilibrio del organismo. Antes se creía que con cualesquiera alimentos el organismo sabía rehacer sintéticamente todas las moléculas de que está compuesto. Pero se ha averiguado que los seres vivos son unos químicos incompletos. Se ha descubierto que hay una serie de moléculas que no saben rehacer y que, por tanto, tienen que encontrarlas hechas en la alimentación. Ahora bien, estas moléculas son indispensables a la vida. Algunas decenas de miligramos de menos de una de ellas en la alimentación cotidiana puede provocar una grave enfermedad y la muerte.

Las proteínas forman la principal materia de la alimentación humana. Donde más abundan es en la carne animal, en la leche y en los huevos; no tanto en los vegetales. Los efectos principales de las proteínas en la alimentación aparecen en el crecimiento humano. Su necesidad varía en las diferentes fases de la vida. Hasta hace poco se estimaba esta necesidad en un gramo diario por kilo de peso del cuerpo de un adulto normal. De la carencia e insuficiencia de proteínas en el régimen alimenticio se derivan algunas enfermedades. La mejora del nivel alimenticio del hombre se efectúa con un aumento proporcional del consumo de proteínas. A medida que progresa el nivel de vida, el hombre tiene la tendencia a preferir las proteínas de origen animal y a sustituir con ellas las proteínas de origen vegetal de que antes disponía. Dentro del campo de la nutrición, la determinación de las exi-

gencias nitrogenadas ha sido siempre uno de los problemas más apasionantes. (Cfr. Juan Santa María Ledochowski: *Divagaciones alimenticias*, en "Revista de Agricultura", diciembre de 1949, pág. 555.)

Las grasas son también necesarias, y de su carencia se derivan para el organismo humano debilidades e irresistencias, raquitismos y flaquezas.

Son además indispensables las vitaminas. La ciencia ya no requiere solamente vitaminas en globo, sino que las distingue por sus funciones y por sus categorías. De la falta de vitaminas se derivan graves enfermedades, como la avitaminosis, el escorbuto, la podagra, el beriberi, etc.

La ciencia va definiendo como necesarias cantidades pequeñas de metales y metaloides diversos y de sales minerales que se han de ingerir por la alimentación: el calcio, el fósforo, el sodio, el hierro, el potasio, el manganeso, el yodo, y otros elementos. Las carencias de estos minerales son origen de trastornos y enfermedades en el organismo humano.

La F. A. O., como resumen de una encuesta mundial, ha fijado la siguiente escala sobre las necesidades alimenticias en calorías:

De 2.500 a 4.500 calorías, según la actividad física, para un hombre de 70 kilos. De 2.100 a 3.000 calorías, según la actividad física, para una mujer de 56 kilos.

Para los hijos de una actividad media, el número de calorías, según la edad, es el siguiente:

- 1.200 calorías para un hijo de 1 a 3 años.
- 1.600 calorías para un hijo de 4 a 6 años.
- 2.000 calorías para un hijo de 7 a 9 años.
- 2.500 calorías para un hijo de 10 a 12 años.
- 2.800 calorías para una hija de 13 a 15 años.
- 3.200 calorías para un hijo de 13 a 15 años.
- 3.400 calorías para una hija de 16 a 20 años.
- 3.800 calorías para un hijo de 16 a 20 años.

Ahora bien, la misma encuesta de la F. A. O. sobre la alimentación mundial ha dado por resultado que, antes de la segunda guerra mundial, más de la mitad de la población mundial no recibía este número de calorías, que se considera el mínimo vital; más de la mitad de la población no recibía más de 2.250 calorías por día, solamente un tercio recibía más de 2.750 calorías, y el resto, o sea una décima parte, se situaba entre estas dos cifras.

Por las comparaciones entre los dichos elementos que integran la alimentación y el número de calorías de que ésta se compone, se ve que se puede dar un óptimo y un mínimo fisiológico. Por eso es sumamente difícil dar una noción de un mínimo vital, noción flexible y evolutiva según el progreso del bienestar. Es comprensible que el

mínimo vital sea hoy muy distinto en Estados Unidos que en la China o en la India. En Francia en 1750 el mínimo vital era seis veces inferior a lo que hoy se tiene por mínimo vital. Hubo políticos y sociólogos que creían en la existencia de un mínimo vital absoluto, y que una vez alcanzado, el problema ya estaba resuelto y realizada la justicia social. Hoy todavía se encuentran naciones en que el mínimo vital es un puñado de mal arroz por día. ¡Cuánto ha de costar poner a disposición de la humanidad los elementos necesarios para que todos tengan la alimentación que los nutricionistas consideran como óptima! La encuesta mundial de la F. A. O. sobre la alimentación ha demostrado que prácticamente las dos terceras partes de la población del globo tiene un nivel alimenticio peligrosamente inferior al mínimo vital.

4. *El hambre en el mundo.*—La humanidad ha sido hasta ahora incapaz de dar este régimen alimenticio ideal a todos sus hijos. No vamos aquí a trazar la historia del hambre mundial, sino sólo unas indicaciones sobre el hambre presente. Desde el principio la historia de la humanidad ha sido la historia de la lucha por alcanzar el pan cotidiano. El hombre, que tantas batallas ha librado contra las fuerzas de la naturaleza y que ha terminado por proclamarse su dueño y su señor, no ha obtenido todavía una victoria decisiva en esta lucha por su subsistencia. Después de una lucha de algunos centenares de miles de años, se puede afirmar hoy científicamente que unos 1.500 millones de seres humanos no disponen de los recursos necesarios para librarse de las acometidas de la más terrible de las calamidades sociales. Se ha calculado que en nuestros tiempos, de 30 a 40 millones de seres humanos mueren cada año de hambre de una manera u otra.

Se ha hablado mucho más de las otras calamidades, como epidemias y guerras, que del hambre, cuando una multitud de hechos demuestran que las devastaciones producidas por el hambre son muy superiores a las producidas por las epidemias y las guerras. Los desgastes producidos por el hambre son mucho más extensos por el número de víctimas e infinitamente más graves en sus consecuencias biológicas y sociales.

El conocido demógrafo Boyd Orr afirma que para dar suficiente alimento a la humanidad, teniendo en cuenta el crecimiento inevitable de la población, sería necesario doblar la producción de alimentos en los próximos veinticinco años. Milton Eisenhower, especialista en la materia, hermano del Presidente de Estados Unidos, estima que el aumento necesario tendría que ser del 110 por 100.

En la Conferencia sobre la Alimentación, celebrada en Hot Springs en 1943, con representaciones de 44 naciones, a través de los testimonios de los técnicos, se expusieron espontáneamente las condiciones reales de la alimentación de sus poblaciones respectivas y se estudiaron las medidas coordinadas que se habían de adoptar para borrar de los

mapas mundiales de la demografía cualitativa las manchas negras que representan los núcleos de población subalimentada y hambrienta. Estos grupos atestiguan, por las características de su inferioridad antropológica, por sus alarmantes índices de mortalidad y por sus tablas nosológicas de carencias alimenticias, la penuria orgánica, la falta global o específica de uno, de varios y a veces de todos los elementos indispensables para la nutrición del hombre.

Josué de Castro, Director de la F. A. O., en su preciosa obra *Geopolítica del hambre*, nos ha trazado la historia sintética del hambre en el mundo, tema que ha ampliado para el Brasil en su obra *Geografía del hambre*, ampliación que piensa extender a todos los continentes con estudios más particularizados.

Mucho más grave que la erosión de la riqueza del suelo, que se produce lentamente, es la violenta erosión de la riqueza humana, la deterioración del ser humano provocada por el hambre y la subalimentación. En todo el Extremo Oriente, el número de los subalimentados comprende más del 90 por 100 de los habitantes. Asia es, por excelencia, la tierra de los hambres y la tierra del hambre; allí nació el hombre y el hambre; Asia ha sido siempre el teatro de los episodios más siniestros del interminable drama del hambre; las tres cuartas partes de las actividades humanas en Asia se concentran en el medio de arrancar a la naturaleza los débiles recursos para la subsistencia. Después de Asia, ningún otro continente ha procurado una escena tan vasta del drama del hambre universal como Africa; en su totalidad es un continente de pueblos hambrientos; el hambre y la subnutrición crónica son una de las razones más decisivas del retraso del continente negro y del marasmo relativo donde se marchita la mayor parte de sus poblaciones.

No se piense que el hambre en América está limitada a algunas zonas poco extensas de la porción más pobre del continente. En todos los segmentos continentales, el del Norte, el del Centro y el del Sur, tanto en la parte colonizada por los latinos como en la colonizada por los ingleses, encontramos hoy todavía grandes masas humanas que sufren las consecuencias del azote del hambre. En la América Latina es donde el drama del hambre es más violento, pues en él representan su papel las dos terceras partes de la población que en ella viven, o sea unos 90 millones de individuos.

Europa ha tenido y tiene aún sus zonas y sus clases en que se ceba el hambre. Dos ejemplos: Según el informe de Lord Boyd Orr, en Inglaterra, antes del comienzo de la segunda guerra mundial, cerca de la mitad de la población estaba sujeta a los efectos nocivos del hambre, viviendo el 40 por 100 en un estado de hambre parcial y el 10 por 100 en un estado de hambre global, de resultas de una grave deficiencia de todos los productos alimenticios. Cuando en 1936 la Alemania hitleriana llamó bajo sus banderas a los jóvenes na-

zis, de los que se presentaron al examen médico sólo se pudieron enrolar el 75 por 100, y en 1938 solamente el 55 por 100; el número de los ineptos y mal conformados aumentaba en el seno de la raza "superior".

5. *Conceptos y matices del hambre.*—Josué de Castro, en la obra mencionada, nos habla de los diversos aspectos del hambre. La palabra "hambre" antes se empleaba para expresar la falta de alimento propio para satisfacer el apetito. El número de muertos de hambre se limitaba entonces a los individuos que morían de completa inanición. Pero en el sentido moderno por hambre se entiende la falta de uno cualquiera de los 40 elementos nutritivos indispensables para la salvaguardia de la salud. La ausencia de uno solo de ellos puede ser causa de una muerte prematura. La falta completa de alimento siempre ha sido una causa importante de mortalidad; aun en las últimas décadas esta hambre ha matado a más hombres y mujeres que la guerra; pero el número de sus víctimas es pequeño si se le compara con el número de aquellos cuyo régimen alimenticio insuficiente los hace vulnerables a las enfermedades de la nutrición. En este sentido, según las estimaciones de la preguerra, dos tercios de la población mundial tienen hambre. Una comisión norteamericana eleva esta proporción al 85 por 100 de la humanidad.

El hambre total es un fenómeno en general limitado a regiones de extrema miseria y a contingencias excepcionales; pero el fenómeno mucho más frecuente y mucho más grave en sus consecuencias numéricas, es el hambre oculta, que condena a grupos enteros de población a verse privados de algunos principios nutritivos. Por esta privación estos pueblos, aunque comen cada día, se ven condenados a morir lentamente de hambre. La ciencia estudia estas hambres parciales y específicas. Así el hambre constituye un fenómeno extremadamente variable. En el dibujo embrollado y policromado del hambre universal, se pueden observar los matices más variados: desde los más negros y los más impresionantes del hambre total, de la completa inanición, que transforma a sus víctimas en verdaderos espectros vivientes, hasta el tipo más discreto de hambre oculta o específica, casi sin señales aparentes. Entre los dos tipos extremos se encuentra toda una gama de tipos de hambre.

Cuando, independientemente del aspecto energético, la alimentación es insuficiente o deficiente en lo que toca a uno o a varios principios químicos esenciales, se ve aparecer el hambre parcial o específica igualmente llamada carencia alimenticia. Un buen número de estas carencias no entrañan alteración visible, aunque comprometan la salud individual. Otras se exteriorizan bajo la forma típica de enfermedades: las enfermedades de carencia. Su intensidad es variable y la posibilidad de sus combinaciones es casi infinita. Las más comunes son las que resultan de la administración inadecuada de proteínas, de

algunas grasas, de las sales minerales y de algunas vitaminas. "Aquí está, dice Josué de Castro, el dominio complejo del hambre oculta, de la falta de algunos principios específicos, que se ensaña a menudo en medio de la abundancia de los otros, lo que hace particularmente difícil su identificación. El diagnóstico de estos estados de hambre constituye uno de los capítulos más apasionantes de la medicina moderna, uno de los que han exigido la más grande sagacidad de parte de los investigadores, de los descubridores del hambre oculta." Mientras que los tipos de hambre global, los episodios de hambre aguda, tan corrientes en la Edad Media, se han hecho cada vez más raros y más espaciados de resultas de los progresos sociales, los casos de hambre específica se han hecho cada vez más frecuentes y más graves.

6. *El contraste internacional en el consumo de alimentos.*—Se ha calculado que el 30 por 100 de la humanidad consume el 80 por 100 de los bienes, quedando para el 70 por 100 de la humanidad el consumo del 20 por 100 de los bienes. No todas las regiones han sido dotadas de la misma capacidad de producción. Norteamérica, por el alto rendimiento de su mano de obra y extensísimos territorios, puede mirar el presente y el porvenir con confianza. Europa, por el alto rendimiento de su suelo, no se puede decir que está en una situación alarmante. Pero otras regiones del globo sí inspiran serios temores, tanto para satisfacer el hambre presente como para alimentar a la población futura. He aquí en las diversas partes del mundo los porcentajes de la producción agrícola mundial y los porcentajes de la población mundial:

	1934 - 1938		1946 - 1950	
	% producción	% población	% producción	% población
Extremo Oriente... ..	35,3	55,0	32,0	54,5
Europa ... ..	27,3	19,0	29,5	18,0
Próximo Oriente ... ..	4,1	5,5	4,4	5,5
África ... ..	4,3	6,5	4,7	7,0
América Latina ... ..	9,4	6,5	10,0	7,0
EE. UU. - Canadá ... ..	16,9	7,0	22,6	7,5
Oceanía ... ..	2,6	0,5	2,8	0,5
TOTALES ... ..	100,0	100,0	100,0	100,0

La posición del Extremo Oriente, donde la subnutrición era ya una plaga prebélica, aparece desastrosamente agravada. Europa, no obstante la disminución de aportación percentual, mantiene todavía una cierta proporción entre producción y población. Por lo contrario, llama la atención el aumento de la producción en países antes ya bien provistos, como Estados Unidos y Canadá. Lo mismo se podría decir de Argentina, Australia y Nueva Zelanda.

En consecuencia, ya se puede suponer que de resultas de la desproporción entre porcentajes de población y de producción, se va a dar en el mundo una tremenda desigualdad en el consumo de calo-

rias. Si para el desarrollo normal de la vida humana se necesita un promedio de 2.750 calorías por día y cabeza, se ve por las cifras que siguen que más de 1.500 millones de seres humanos están insuficientemente alimentados.

El cuadro clasifica a 70 países por grupos, según su consumo de calorías por día y habitante en los años 1934-1938.

Calorías	PAISES	Población en 1936 en millones
Menos de 2.000	Corea, Irán, Irak, Transjordania, Salvador, Méjico Colombia	72,8
De 2.000 a 2.200	Formosa, Ceilán, India, Siam, Indochina, Java, Filipinas, Egipto, Honduras, Costa Rica, Santo Domingo, Perú	510,4
De 2.200 a 2.400	Chipre, Japón, China, Birmania, Siria, Malasia, Argel, Kenia, Uganda, Madagascar, Unión Sudafricana, Puerto Rico	591,4
De 2.400 a 2.600	Grecia, Portugal, Manchuria, Marruecos, Palestina, Túnez, Brasil, Chile	107,9
De 2.600 a 2.800	Checoslovaquia, España, Italia, Polonia, Turquía	131,7
De 2.800 a 3.000	Islandia, Finlandia, Alemania, Holanda, Austria, Bélgica, Yugoslavia, Rumanía, Bulgaria, Hungría, Cuba, U. R. S. S., Paraguay, Uruguay	329,6
De 3.000 a 3.200	Canadá, Irlanda, Inglaterra, Noruega, Suecia, Suiza, Francia, Australia	124,1
Más de 3.200	Estados Unidos, Dinamarca, Argentina, Nueva Zelanda	148,6

Este cuadro muestra que la población del globo está dividida, desde el punto de vista alimenticio, en dos grupos netamente distintos: uno corresponde a las naciones *having*, es decir, cuyo nivel de vida es relativamente elevado; otro, a las naciones *not having*, es decir, donde el nivel de vida alimenticio es inferior a 2.500 calorías, cifra que corresponde al mínimo recomendado por los organismos internacionales. Existe la gran masa proletaria de la alimentación y la pequeña masa aristocrática de la alimentación.

Si se tuviesen en cuenta las proteínas animales absorbidas, el cuadro sería todavía más impresionante. Una masa de cerca de mil millones, sobre todo en el Sudeste asiático, consume menos de 10 gramos diarios de proteínas; la mayor parte de los países mediterráneos de Europa Oriental y la mayor parte de los países de Suramérica no más de 30 gramos; algunos países de Europa, como Francia e Inglaterra, consumen de 30 a 50; sólo unos 200 millones, Estados Unidos, Canadá, Australia y los países escandinavos tienen una ración más fuerte de proteínas.

Dentro mismo de cada nación se encuentran contrastes exacerbados de orden alimenticio. Hay desigualdades a menudo importantes en los regímenes alimenticios dentro de cada país. J. D. Black estimaba que aun en Estados Unidos un tercio de la población estaba

subalimentado, mientras una cuarta parte tenía un régimen muy superior al normal y un 42 por 100 tenía un régimen comprendido entre estos dos extremos. En 1942, en Chile, país en que el régimen alimenticio medio aparece con cerca de 2.500 calorías, cercano al mínimo aceptable, la mitad de la población estaba subalimentada con menos de 2.400 calorías, mientras el 27 por 100 de la población disponía de 3.000 calorías por día, el 38,2 por 100 tenía menos de 2.000 y el 10,9 por 100 menos de 1.500. En 1946 la población urbana francesa presentaba un 30 por 100 de subalimentados con menos de 2.400 calorías, de los que el 7 por 100 disponía de menos de 1.950, mientras el 33 por 100 consumía más de 2.950 y el 11 por 100 más de 3.450 calorías diarias.

7. *El contraste entre las rentas nacionales.*—Si tal es el contraste alimenticio, ya se puede uno imaginar cuál será el contraste en la percepción de la renta por habitante y año entre las diversas naciones. Las dos comparaciones son naturalmente paralelas.

En 1950 la renta nacional de Estados Unidos alcanzó la cifra de 250.000 millones de dólares, cuando toda la renta junta de las naciones de Europa Occidental ascendió a 150.000 millones. La suma de estas dos rentas juntas fué cinco veces superior a la renta global de todos los países subdesarrollados con centenares de millones más de habitantes: unos 80.000 millones de dólares.

En 1950, con cifras procuradas por la O. N. U., se podían distinguir cuatro grupos de naciones en este aspecto.

En el primer grupo figuran Estados Unidos con una renta anual por habitante de 1.500 dólares; Canadá con 870; Nueva Zelanda con 856; Australia con 879; Suiza con 849; Inglaterra con 773; Suecia con 780; Dinamarca con 789; entre 500 y 600 dólares se sitúan Noruega y los principales países de Europa Occidental.

En el segundo grupo forman los países de Europa Central y Oriental, Europa mediterránea menos Yugoslavia, con una renta comprendida entre los 200 y los 400 dólares. Se incluyen aquí los países mejores de Suramérica, como Argentina, y la Unión Sudafricana con 264 dólares.

Entre una renta de 100 y 200 dólares se encuentra la mayor parte de los países de América Latina, como Chile, Colombia, México, Brasil, Perú, y algunos países del Mediterráneo Oriental, como Yugoslavia, Grecia, Turquía, Libia, Egipto. Cierra el tercer grupo, para iniciar otro tipo de países, el Japón con 100 dólares.

Lo que sigue es aún menos brillante: todo el Sudeste de Asia con los 57 dólares de que dispone la India, 51 el Pakistán, 25 Indonesia. Entre los países americanos se encuentra en este grupo Bolivia con 55. Esta última serie de países engloba unos 1.125 millones de habitantes, que viven en condiciones apenas imaginables.

Las comparaciones que se podrían hacer entre el consumo de ener-

gía y de materias primas arrojarían desproporciones semejantes a las aducidas para la alimentación y la renta nacional.

8. *Consecuencias materiales, culturales y morales del hambre.*— Es evidente que el hambre ha de tener una influencia nefasta sobre la salud. En muchas partes la gente está tan acostumbrada a la enfermedad como al hambre, de modo que ni tiene conciencia de su propia debilidad. La mala salud forma parte integrante de su vida. Algunas enfermedades alcanzan una tan fuerte proporción de la población de las regiones insuficientemente desarrolladas, que se les da el nombre de enfermedades de masa.

El hambre y la miseria afectan sobre todo a la mortalidad infantil. Hay 900 millones de niños menores de 15 años sobre la tierra: más de la mitad de ellos, unos 500 millones, viven y mueren en la necesidad; jamás han gustado la leche ni han llevado calzado ni visto un médico; el hambre, el frío y la enfermedad son sus compañeros cotidianos. Los pequeños indios, japoneses, árabes, colombianos, brasileños, senegaleses, etc., se extinguen lentamente. Mientras en Suecia, de mil niños solamente veinte mueren antes de la edad de un año, 25 en Dinamarca, 31 en Inglaterra, 47 en Francia, hay países en que esta cifra llega a 400; pasa de 420 y de 450 en algunas ciudades del Brasil, alcanza 280 en Bolivia, 353 en Saigón, 350 en el Africa negra: en este último continente la proporción de los niños que mueren antes de la edad de quince años se eleva a veces hasta el 50 por 100.

Uno de los índices más claros de hartura o de hambre de un pueblo es su tasa de longevidad, o sea la edad media que alcanza una población: esta edad no pasa de 30 años en la India y en otras inmensas regiones del Extremo Oriente, de 25 en Egipto, mientras que la tasa media llega a los 40 años en Rusia, a los 56 en Bélgica, a los 60 en Inglaterra y a los 64 en Estados Unidos.

Lo mismo que por el hambre, los pueblos se diferencian por las posibilidades de los socorros médicos. En Estados Unidos se da un médico por cada 800 habitantes; en Francia, por cada 1.600; en Siria, por cada 5.000; en Ceilán, por cada 12.000; en Marruecos, por cada 15.000; en Africa Occidental Francesa, por cada 34.000; en la India, por cada 100.000; en Etiopía, por cada 175.000.

Más de mil millones de seres humanos no tienen con qué vestirse decentemente: o están desnudos o cubiertos de harapos que no merecen el nombre de vestidos. Esto se puede decir de 400 millones de indios, de 400 millones de chinos, de 300 millones de árabes, de 50 millones de negros.

La falta de vivienda o de vivienda salubre es otro concomitante del hambre. Hay una crisis universal de la vivienda, aun en Europa. Si en la propia Bélgica, el Obispo de Tournai, por razón de la insuficiencia de viviendas, ha podido decir: "Me siento avergonzado de mi país", ¿qué se dirá de los pueblos hambrientos? Las descripciones

de la manera como viven las gentes y se alojan en todos los continentes son impresionantes.

Ya se puede uno imaginar qué cultura tendrá una población hambrienta y qué desahogo podrá conceder a la actividad intelectual, en la lucha ardua cotidiana por la existencia. La inmensa mayoría de la humanidad lleva una vida precaria y vegetativa que excluye toda actividad intelectual. Quince millones de seres humanos mueren cada año sin haber conocido de este mundo mucho más que los problemas de subsistencia. Unos mil millones de hombres no saben leer ni escribir. Podríamos ver cómo la proporción de analfabetos sigue también las curvas del hambre.

La falta de sentido social y el egoísmo son los caracteres generales del hambre y van creciendo a medida que crece el hambre. Se ha demostrado que ninguna calamidad como la del hambre es capaz de desintegrar tan profundamente y en un sentido tan nocivo la personalidad, por lo menos cuando alcanza los límites de la verdadera inanición. El hambre crónica o la insuficiencia alimenticia tiende a provocar la depresión y la apatía, fenómeno que explica la pérdida de toda ambición y la falta de iniciativa de estas poblaciones. No hay que buscar otro origen al conformismo chino, al fatalismo de las castas más bajas de la India, a la alarmante imprevisión de algunas poblaciones latino-americanas. La tristeza es otra señal emocional de los pueblos que padecen una hambre crónica, tristeza que ni la acción estimulante del alcohol llega a extinguir. El hambre bajo sus diversas formas arrastra consigo un cortejo de miserias morales: el robo, la usura, la prostitución, el alcohol, los estupefacientes, los crímenes, los niños abandonados, los niños vagabundos, y aun a veces la servidumbre, la esclavitud y el trabajo forzado.

9. *Los pueblos hambrientos al servicio de los pueblos hartos.*— Lejos de nosotros el afirmar que la única causa del hambre de los pueblos hambrientos es la intervención en ellos de los representantes de los pueblos hartos. Pero sí se podría demostrar cómo las costumbres y el régimen económico introducidos por las potencias dominantes en los pueblos subdesarrollados, como el imperialismo económico, el sistema colonial, el monocultivo, la mono-explotación, la gran propiedad han agudizado el hambre en aquellas regiones.

La encuesta mundial de la alimentación de la F. A. O. ha mostrado que prácticamente las dos terceras partes de la población mundial se han sacrificado literalmente para sostener el nivel de vida de los países evolucionados, sobre todo de Europa, que importa cada año la tercera parte de su alimentación principalmente de los países subdesarrollados.

Dicen Michel Cépède y Maurice Lengellé: "Los países bien alimentados imponen por sus importaciones un tributo a los pueblos tropicales, reduciendo su nivel de vida, condenándolos inconsciente-

mente a la miseria, a la enfermedad y a la muerte prematura. Es un verdadero impuesto de sangre, o más exactamente, "la libra de sangre", diría Shakespeare, que sacan cada año las naciones occidentales con detrimento de los pueblos cuya suerte les está confiada. Damos un sentido nuevo a la constatación del gran economista historiador alemán Werner Sombart: nos hemos hecho ricos porque razas enteras han muerto por nosotros; para nosotros se han despoblado continentes." (Cfr. *Economie alimentaire du globe*, pág. 284.)

Los países subalimentados ocupan un sitio preponderante en los cambios internacionales. Los países que en 1934-1938 consumían menos de 2.500 calorías por persona y día procuraban al mercado mundial la totalidad del cacao; el 75 por 100 de las materias grasas; el 64 por 100 del azúcar, el 11 por 100 de los cereales.

Lo mismo se podría decir y con mayor razón del consumo de materias primas. "Hemos de considerar con inquietud, dice Sauvy, las necesidades considerables y crecientes de Estados Unidos, economía dominante; durante mucho tiempo exportadores de materias primas, importan hoy el 9 por 100 de su consumo y apuntan a elevar este porcentaje al 20 por 100 en 1975. Cmo el 8 por 100 de la superficie del mundo y el 9,5 por 100 de la población, consumen el 60 por 100 de la producción mundial. Esta consideración les conduce no a retrasar voluntariamente el desarrollo de los países retrasados, pero sí a adoptar una actitud que va en este sentido. Los grandes monopolios de materias primas se esfuerzan por mantener una tasa de cambio ventajosa para los países desarrollados, especialmente para Estados Unidos. Toda la política mercantilista de los países desarrollados está en competencia con el crecimiento de la población mundial. La contradicción de los dos movimientos, progreso de la producción de los países desarrollados y progreso de la población de los países subdesarrollados, se prosigue de una manera tanto más dramática cuanto que la tensión internacional equivale a una inmensa destrucción de materias primas." (Cfr. *Biologie Sociale*, pág. 214.)

En efecto, las cargas anuales del rearme no han sido inferiores en estos últimos años a 40.000 millones de dólares. Se ha calculado que para aumentar anualmente el 2 por 100 de la renta de los países subdesarrollados serían necesarios 19.000 millones de dólares; contando con que estos países pudiesen aportar con su propio ahorro la cifra de 9.000 millones de dólares para inversiones, resulta que con la cuarta parte de los recursos que se emplean en el rearme, o sea con 10.000 millones de dólares anuales, se podría aumentar cada año en un 2 por 100 la renta nacional de los países subdesarrollados. Con la mitad de estos gastos se podría apuntar a una meta mucho más ambiciosa.

¿Tiene algo que decir la moral internacional?

MARTÍN BRUGAROLA, S. J.